
La sexualidad que viene en España

Luis Miller

Hay pocas cosas más desigualmente repartidas entre los jóvenes españoles que la vida sentimental. A una edad en la que hombres y mujeres comparten aulas, trabajos precarios y dificultades para emanciparse, sus trayectorias afectivas parecen separarse cada vez más. Hace unos meses, el periodista John Burn-Murdoch escribió en *Financial Times* una frase tan provocadora como sugerente: «La generación Z son dos generaciones, no una». Su argumento era que hombres y mujeres jóvenes se están alejando entre sí en cuestiones políticas, culturales y morales. En varios países occidentales, ellas se identifican cada vez más con posiciones progresistas y feministas, mientras que ellos muestran actitudes más conservadoras o reaccionan con mayor escepticismo ante esos mismos cambios. La distancia no se limita a la política. Afecta también a las expectativas vitales, a las relaciones entre hombres y mujeres, a las ideas sobre la familia, la sexualidad o el compromiso. Si la juventud fue durante mucho tiempo una experiencia relativamente compartida, hoy empieza a parecerse a dos

trayectorias paralelas que conviven en las mismas universidades, los mismos lugares de trabajo o las mismas redes sociales, pero que interpretan de manera distinta el mundo que habitan. La vida sentimental constituye probablemente uno de los lugares donde esa divergencia se manifiesta con mayor claridad.

Este artículo toma como referencia *La sexualité qui vient: Jeunesse et relations intimes après #MeToo* (La Découverte, 2025), el libro coordinado por la socióloga francesa Marie Bergström a partir de una amplia investigación colectiva sobre la vida sexual y afectiva de la juventud francesa. El libro no se ha traducido ni publicado en España; el lector interesado en acudir directamente a él puede consultar la edición original. A lo largo de estas páginas me referiré a él simplemente como la investigación francesa.

En España no disponemos de una obra equivalente. Existen encuestas del CIS, estudios académicos, investigaciones sobre comportamientos concretos y abundante información estadística sobre la juventud, pero carecemos todavía de una investigación monográfica capaz de ofrecer una visión de conjunto de la sexualidad juvenil española. Sabemos bastante sobre algunos fenómenos aislados y mucho menos sobre la manera en que se relacionan entre sí. Precisamente por eso la investigación francesa resulta especialmente útil para el lector español. Muchas de las transformaciones que describe parecen reconocibles también en nuestro país. Otras quizá respondan a rasgos propios de la sociedad francesa. Las páginas que siguen intentan reunir las evidencias dispersas de las que disponemos para averiguar hasta qué punto la juventud sexual francesa se parece a la española y en qué aspectos se aparta de ella.

Los datos disponibles apuntan en una dirección similar a la observada por la investigación francesa. Allí, cuatro de cada cinco jóvenes de entre 18 y 29 años tuvieron al menos una relación durante el último año, ya fuera de pareja, ocasional o situada en ese amplio espacio intermedio que caracteriza la vida afectiva

contemporánea. En España no disponemos de una medición equivalente, pero la Encuesta de Sexualidad de la Población Española de 2025 (ESPE-2025) permite una lectura parecida. El 57 % de los jóvenes declara mantener una relación sentimental en el momento de ser entrevistado, aunque la cifra alcanza el 66 % entre las mujeres y desciende hasta el 49 % entre los hombres. La diferencia no parece casual. Las mujeres jóvenes se emparejan con mayor frecuencia –y probablemente antes– que los hombres de su misma edad, una pauta que se observa también en otros países europeos y que se relaciona, al menos en parte, con la tendencia de las mujeres a mantener relaciones con hombres algo mayores. El resultado es que una parte importante de los hombres atraviesa la primera juventud en una situación de soltería más prolongada. La experiencia sentimental de hombres y mujeres de la misma edad se parece hoy bastante menos que en generaciones anteriores. Esa soltería masculina no equivale, sin embargo, a inactividad relacional. Entre los jóvenes sin pareja estable, el 44 % de los hombres declara mantener relaciones casuales sin exclusividad, frente al 24 % de las mujeres. La diferencia es considerable y sugiere que el mercado de las relaciones sigue estando atravesado por pautas de género. Los hombres sin pareja afirman mantener una actividad relacional más intensa, aunque resulta difícil saber hasta qué punto ello refleja comportamientos distintos o una diferente disposición a reconocerlos.

Las aplicaciones de citas han pasado a formar parte de este nuevo escenario. Cuatro de cada diez jóvenes españoles han creado alguna vez un perfil en una de estas plataformas y una proporción similar ha llegado a conocer personalmente a alguien a través de ellas. A diferencia de algunos estereotipos habituales, hombres y mujeres utilizan estas herramientas con una frecuencia muy parecida, aunque es probable que la experiencia de unos y otras dentro de ellas no sea exactamente la misma.

Más allá de la heterosexualidad: identidades y orientaciones

Uno de los cambios más visibles de la sexualidad juvenil contemporánea es el aumento de quienes no se identifican como heterosexuales. En la investigación francesa, el fenómeno se concentra sobre todo entre las mujeres jóvenes: el 19 % se define como homosexual, bisexual o de otra orientación distinta a la heterosexual, frente al 8 % de los hombres. Los datos españoles apuntan en la misma dirección y, si acaso, con mayor intensidad. Según la ESPE-2025, el 31 % de las mujeres jóvenes y el 22 % de los hombres se identifican con una orientación distinta a la heterosexual.

La comparación exige cierta prudencia porque las categorías utilizadas por ambas encuestas no son exactamente las mismas. Una parte de la diferencia se debe a que el cuestionario español incorpora opciones como la asexualidad o respuestas abiertas que no aparecen de igual forma en la investigación francesa. Sin embargo, incluso restringiendo la comparación a la homosexualidad y la bisexualidad, España sigue mostrando niveles similares o superiores a los franceses. La conclusión más sólida no es que los jóvenes españoles sean más diversos que los franceses, sino que estas transformaciones forman también parte de la experiencia de los jóvenes españoles.

La transformación se concentra, además, en una categoría muy concreta. En ambos países el crecimiento no procede tanto de la homosexualidad como de la bisexualidad, especialmente entre las mujeres. Entre las jóvenes españolas, el 22 % se identifica como bisexual y el 7 % como homosexual, una pauta muy similar a la francesa. La bisexualidad femenina parece expandirse con mayor rapidez que otras orientaciones no heterosexuales, y lo hace de una forma que no siempre se traduce en prácticas distintas. La cuestión no parece ser únicamente con quién se mantienen las relaciones, sino también desde qué categorías se piensa la propia

identidad. Los datos sobre atracción sexual apuntan en la misma dirección. Una proporción creciente de jóvenes, especialmente mujeres, afirma sentirse atraída por otras personas con independencia de su género. Las encuestas españolas todavía no recogen plenamente estas nuevas formas de identificación, pero la expansión de términos como bisexual o pansexual sugiere que los cambios en el lenguaje y los cambios en la experiencia avanzan simultáneamente.

En cambio, las cifras relativas a la identidad de género son mucho más reducidas y extraordinariamente similares en ambos países. En Francia y en España, alrededor del 1,7 % de los jóvenes se identifica como no binario o mediante una categoría distinta de hombre o mujer. Se trata de una minoría pequeña, pero suficientemente estable en las distintas encuestas europeas como para pensar que no nos encontramos ante una moda pasajera ni ante un simple problema de medición.

El orden de género y sus fisuras

Las relaciones sexuales no se desarrollan en el vacío. Lo hacen dentro de unas relaciones entre hombres y mujeres que distribuyen de forma desigual el deseo, el riesgo y el reconocimiento. Uno de los indicadores más claros de esos cambios es la identificación con el feminismo. En Francia, el 75 % de las mujeres jóvenes y el 56 % de los hombres jóvenes se declaran feministas. En España las cifras son más bajas y la distancia entre sexos, mayor. Según el Barómetro Juventud y Género de 2025, el 51 % de las mujeres jóvenes se identifica con el feminismo, frente al 26 % de los hombres.

La diferencia no es menor. En Francia el feminismo cuenta con una mayoría entre los hombres jóvenes; en España no la alcanza. Además, la evolución reciente apunta en sentido contrario. Durante los últimos años el apoyo al feminismo ha descendido entre los

jóvenes españoles, especialmente entre los varones, mientras aumenta la percepción de que se trata de una herramienta de confrontación política. La brecha de género que aparecía al comienzo de este ensayo en las actitudes políticas y culturales también se manifiesta aquí. Esa distancia resulta visible también en las experiencias relacionadas con el consentimiento. Según la Encuesta Nacional de Salud Sexual de 2025 (ENSS-2025), el 44 % de las mujeres de entre 18 y 29 años declara haberse visto forzada u obligada a realizar alguna práctica sexual que no deseaba en algún momento de su vida, frente al 27 % de los hombres. La diferencia es considerable. Los datos no son directamente comparables con los franceses, pero apuntan en la misma dirección: la violencia sexual dista mucho de ser una experiencia excepcional y afecta de manera muy desigual a hombres y mujeres. Al mismo tiempo, algunas creencias sobre las relaciones entre hombres y mujeres parecen resistirse al cambio. Según la ENSS-2025, el 21 % de los hombres jóvenes y el 15 % de las mujeres están de acuerdo, en distinto grado, con la idea de que algunas personas necesitan que se les insista para mantener relaciones sexuales. Además, el 35 % de los hombres y el 22 % de las mujeres consideran que, una vez iniciado un encuentro sexual, debe llegarse hasta el final, aunque la otra persona no quiera continuar. Ninguna de estas posiciones es mayoritaria, pero tampoco son residuales. Su persistencia sugiere que ciertas concepciones del deseo y del consentimiento cambian más lentamente que las identidades o las etiquetas con las que los jóvenes describen su sexualidad.

Bergström muestra, en su libro, que las experiencias sexuales de las mujeres francesas son mucho más diversas y desiguales que las de los hombres según la clase social, la religión o el origen familiar. Las encuestas españolas permiten observar ese fenómeno con menos detalle, pero sí sugieren algo parecido. Las diferencias entre hombres y mujeres jóvenes son hoy muy visibles en cues-

tiones relacionadas con la igualdad, la sexualidad o las relaciones de pareja. Más que una generación que avanza en bloque hacia nuevas normas, los datos dibujan dos trayectorias que en algunos aspectos parecen alejarse entre sí.

La norma conyugal y sus márgenes

La multiplicación de las formas relacionales no ha desplazado a la pareja del centro de la vida afectiva juvenil. Lo que cambia no es tanto la existencia de la pareja como la manera de imaginarla. Entre los jóvenes españoles que tienen una relación, el 96 % la define como exclusiva. Apenas un 2,5 % declara mantener una relación abierta y alrededor del 1 % se identifica con el poliamor. Los porcentajes son pequeños y aconsejan prudencia, pero su mera presencia resulta significativa. Hace apenas una generación, estas categorías no formaban parte del vocabulario con el que los jóvenes describían su vida afectiva. La Encuesta sobre la Percepción del Amor entre los Jóvenes de 2025 añade un matiz interesante. Cuando se pregunta a los jóvenes sin pareja cómo les gustaría vivir dentro de cinco años, la mayoría responde que le gustaría tener una relación estable, ya sea mediante el matrimonio, la convivencia o una relación duradera manteniendo domicilios separados. La norma de la pareja permanece, pero sus formas se vuelven más flexibles. Querer estar en pareja ya no implica necesariamente querer casarse, y compartir un proyecto de vida no exige siempre compartir una vivienda. La investigación francesa identifica un espacio intermedio entre la pareja estable y el encuentro ocasional: relaciones con continuidad, pero sin compromiso; con afecto, pero sin proyecto común, que sus protagonistas describen con frecuencia en términos de amistad. El vocabulario anglosajón las ha popularizado bajo la etiqueta de *situationship*,

pero el fenómeno parece mucho más amplio que la palabra. En España apenas sabemos nada sobre estas relaciones, no porque no existan, sino porque nuestras encuestas todavía no saben cómo preguntar por ellas. Los cuestionarios distinguen entre tener pareja o no tenerla, y entre la pareja y las relaciones ocasionales queda un territorio estadísticamente invisible. Quizá una de las aportaciones más sugerentes de la investigación francesa sea precisamente haber iluminado ese espacio.

Los datos españoles sí permiten observar otro fenómeno. La importancia atribuida a tener pareja ha aumentado entre los jóvenes durante los últimos años. La proporción de quienes afirman que tener pareja les importa poco o nada ha descendido de forma apreciable. La generación que alcanzó la mayoría de edad en la era de las aplicaciones de citas no parece haber desarrollado indiferencia hacia el vínculo. Más bien ocurre lo contrario: la estabilidad y la exclusividad se perciben como bienes cada vez más valiosos precisamente porque resultan más difíciles de alcanzar.

Peculiaridades españolas: pornografía y prostitución

Hay dos dimensiones de la sexualidad juvenil en las que España parece presentar algunos rasgos propios y que apenas aparecen en la investigación francesa: el consumo de pornografía y el recurso a la prostitución. Ambas forman parte de la socialización sexual masculina y ocupan en España un lugar relativamente importante en comparación con otros países europeos.

La ENSS-2025 muestra que el consumo de pornografía entre los jóvenes es muy elevado y presenta una fuerte diferencia entre hombres y mujeres. La gran mayoría de los hombres jóvenes declara haber consumido pornografía durante el último año, mientras que entre las mujeres las cifras son considerablemente

menores. El fenómeno no es exclusivamente español, pero su intensidad y su normalización sí parecen especialmente relevantes. Diversos estudios realizados durante los últimos años señalan además que la pornografía se ha convertido para muchos adolescentes en una de las principales fuentes de aprendizaje sobre la sexualidad. Las consecuencias de este cambio son difíciles de medir, pero probablemente importantes. Si generaciones anteriores aprendieron sobre sexualidad a través de la experiencia, las conversaciones con los iguales o referencias culturales más difusas, una parte de los jóvenes actuales lo hace mediante contenidos diseñados para el consumo audiovisual. La pornografía no sólo muestra determinadas prácticas; también transmite expectativas sobre los cuerpos, el deseo o las relaciones entre hombres y mujeres.

La segunda peculiaridad española es el recurso a la prostitución. España aparece de forma recurrente entre los países europeos con mayores niveles de pago por sexo, y los datos disponibles confirman esa singularidad. Según la ENSS-2025, el 14 % de los hombres de entre 18 y 29 años declara haber pagado por mantener relaciones sexuales al menos una vez a lo largo de su vida. La cifra sigue siendo elevada en términos comparados, aunque resulta claramente inferior a la registrada entre los jóvenes de la misma edad en la encuesta anterior, realizada en 2008. La tendencia parece, por tanto, descendente. Las razones son menos evidentes. El cambio puede reflejar una mayor sensibilidad hacia las condiciones en las que se ejerce la prostitución, una transformación de las normas sociales o una percepción más crítica de la práctica. También puede estar relacionado con factores más materiales, como la expansión de las aplicaciones de citas o las dificultades económicas de las generaciones más jóvenes. Los datos no permiten distinguir entre estas explicaciones, pero sí afirmar que la relación de los jóvenes españoles con la prostitución está cambiando. La combinación de un consumo masivo de pornografía y una presencia

todavía relativamente elevada de la prostitución configura una singularidad española que apenas ocupa espacio en la investigación francesa. Ambas cuestiones remiten, en último término, a la educación sexual, a las expectativas sobre la masculinidad y a las formas en que los jóvenes aprenden a relacionarse con el deseo, la intimidad y el cuerpo de los demás.

Conclusiones: convergencias y divergencias

La sexualidad de los jóvenes españoles y la de los jóvenes franceses se parecen más de lo que las diferencias históricas y culturales entre ambos países harían pensar. En los indicadores más básicos –la extensión de la pareja, la diversificación de las orientaciones sexuales, la aparición de nuevas identidades de género o el uso masivo de las aplicaciones de citas– ambos países muestran trayectorias muy similares. Los jóvenes españoles se parecen hoy más a sus coetáneos franceses que a sus propios padres a la misma edad.

Pero las convergencias no deben ocultar algunas divergencias importantes. La más relevante afecta a la relación entre hombres y mujeres. En Francia, el feminismo cuenta con el apoyo de una mayoría de jóvenes de ambos sexos; en España no ocurre lo mismo. La distancia entre hombres y mujeres es mayor, y la identificación con el feminismo se ha debilitado en los últimos años, especialmente entre los varones. La generación que vive relaciones más igualitarias que ninguna otra anterior mantiene, sin embargo, desacuerdos importantes sobre cómo interpretar esos cambios y qué significado político atribuirles.

Una segunda diferencia aparece en la relación con la pornografía y la prostitución. España presenta niveles relativamente elevados en ambos fenómenos, aunque la disminución del recurso a la prostitución entre los más jóvenes sugiere que también aquí se están produciendo cambios generacionales. La apertura hacia

nuevas formas de identidad y de sexualidad convive, por tanto, con prácticas y modelos de masculinidad que remiten a patrones más antiguos.

Hay, sin embargo, una última cuestión que trasciende la comparación entre ambos países. A lo largo de estas páginas ha aparecido de forma recurrente un problema de categorías. Buena parte de las relaciones que describen los jóvenes –vínculos con continuidad, pero sin compromiso formal, con intimidad, pero sin convivencia, con afecto, pero sin proyecto común– apenas encuentran espacio en nuestras encuestas. Seguimos preguntando por la pareja y por las relaciones ocasionales, mientras una parte creciente de la experiencia relacional parece situarse precisamente entre ambas.

No se trata únicamente de un problema estadístico. Las categorías con las que medimos la realidad condicionan también nuestra capacidad para reconocerla. La principal enseñanza de la investigación francesa quizá no sea que los jóvenes franceses sean distintos de los españoles, sino que disponemos de mejores instrumentos para describir lo que les ocurre. España cuenta hoy con datos mucho más ricos que hace apenas dos décadas, pero todavía carece de una investigación de conjunto sobre la vida sexual y afectiva de los jóvenes. *La sexualidad que viene* –por utilizar el título del libro de Marie Bergström en el que me he apoyado– no encaja por completo en las categorías heredadas. Y aquello que no sabemos nombrar, preguntar o medir corre siempre el riesgo de volverse invisible.

L. M.